



MENTORES DE ASPIRANTES A LA CÁMARA



CÁSTOR ALONSO

Pecados mayores y mentor de aspirantes a la Cámara



EVA DUARTE

Pecados mayores y mentora de aspirantes a la Cámara



RAQUEL BLASCO

Pecados mayores y mentora de aspirantes a la Cámara







TONI TORO



ANA REY

CRONISTA



ARTURO CASTRO

Cronista y guardián de la biblioteca del Monarca





PECADOS MAYORES



HELENA HIDALGO

Pecados mayores y delitos informáticos



FERNANDO GALLARDO

Pecados mayores e instructor en los poderes de los Táctil



LORETO HIDALGO

Pecados mayores e instructora en los poderes de los Táctil



CLARA SALAZAR

SARA SALAZAR

Pecados mayores e instructoras en los poderes de los Olfato



PECADOS MENORES



SELENA SANTOS

Pecados menores e instructora en los poderes de los Oído



EMILIO FERRERPecados menores e instructor en los poderes de los Gusto



TEO SOLANOPecados menores e instructor en los poderes de los Oído



PECADOS DE LOS

PECADOS MENORES

OCULTACIÓN

Ocultar información a tu cabeza de familia sobre tus percepciones

TERGIVERSACIÓN

Aprovechar la ambigüedad del mandato de un cabeza de familia para cumplir parcialmente una orden

PERVERSIÓN

Utilizar los sentidos por motivos perversos e individuales a espaldas de tu cabeza de familia.

PECADOS FAMILIARES

SER PERCEPTOR LIBRE

NEGAR A TU FAMILIA



PERCEPTORES



ROMPER EL VÍNCULO

Atentar contra el reclamo del cabeza de familia de forma deliberada para deshacerlo

CREAR UN VÍNCULO

Reclamar a otro perceptor sin orden del cabeza de familia

PECADO MORTAL

MATAR A UN ALFA



IA CÁMARA DEL MONARCA

PATRICIA GARCÍA-ROJO





La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en www.fundacion-sm.org

LITERATURASM • COM

Primera edición: marzo de 2021

Edición ejecutiva: Berta Márquez

Coordinación de diseño: Marta Mesa y Lara Peces

Cubierta: Andre

- © del texto: Patricia García-Rojo, 2021
- © de las ilustraciones: Andrea Torrejón (Andre), 2021
- © Ediciones SM, 2021 Impresores, 2 Parque Empresarial Prado del Espino 28660 Boadilla del Monte (Madrid) www.grupo-sm.com

ISBN: 978-84-1392-032-0 Depósito legal: M-1594-2021 Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Rocío, que me hizo querer arriesgarme con esta historia Para Nacho, sostén y refugio seguro

1



La ciudad palpita bajo las luces de Navidad, desplegando su música de risas y conversaciones. La muchedumbre forma una marea errática en la Puerta del Sol, en la que se mezclan abrigos de todos los colores y sombreros ridículos con luces incorporadas.

Agazapada bajo el luminoso de Tío Pepe, Kate observa la masa líquida de personas que llenan la plaza. El enorme árbol de Navidad ciega parte de la fachada de la Real Casa de Correos, pero eso no la preocupa, porque sus ojos no son los de una humana corriente. Kate es capaz de ver más allá de todo lo que la rodea. Con sus sentidos como Alfa desplegados al máximo, aguarda a que la manecilla del reloj de Gobernación alcance las siete en punto. Ese será el pistoletazo de salida.

Por lo menos así se lo ha indicado Cástor Alonso.

-¿Ahora soy un perro? -le ha preguntado al Alfa cuando le ha explicado en qué iba a consistir su primer entrenamiento.

Cástor ni siquiera se ha molestado en corregirla, solo le ha lanzado las dos camisetas y ha chascado la lengua:

-No me dejes en ridículo.

Kate respira profundamente, apartando de su cabeza cualquier sentimiento que no esté destinado a la caza. Sabe que Cástor está cerca, oteando la plaza como lo está haciendo ella, a la espera de que el reloj dé la señal.

Pero no es el único que asiste a la cacería. Dos Alfas más de la Cámara del Monarca andarán por las inmediaciones con sus aprendices: los jóvenes con los que Kate medirá sus fuerzas.

El ejercicio es sencillo. Cástor Alonso le ha explicado que una de las camisetas tiene el aroma del Alfa que hará de presa; la otra, el del segundo cazador. Ella es la tercera. También ha tenido que facilitarle a Cástor dos prendas de ropa para que los demás aprendices puedan localizarla por el olfato, porque de eso se trata: de olerse como perros de presa, de cazar a la víctima antes que el contrincante.

Kate juega con desventaja. Los otros dos aprendices se conocen, llevan ya un año al servicio de la Cámara del Monarca, sabrán aprovecharse de ello para batirla.

El minutero se mueve para acercarse un poco más a las doce. Kate estira la espalda y se concentra. Aparta de sí el ruido de las conversaciones, la cacofonía de la muchedumbre que sigue celebrando las fiestas, abarrotando la Puerta del Sol. Acerca a su nariz por última vez a las dos prendas. Una es una camiseta del mejor algodón, blanca, sin dibujos; la otra es un despropósito, desgastada y rajada por tantas partes que Kate no sabe realmente por dónde habría que meter la cabeza. Las huele para recordarse la pista que debe seguir. La primera destila un aroma a jabón natural, pero entrelazado con ese olor principal se descubren otros matices: vainilla, alcohol puro, papel, crema corporal con extracto de aceite de argán... La segunda es mucho más contundente, huele levemente a sudor, a cítricos, más concretamente a naranja, como si hubiese usado un perfume caro, y por debajo de todo eso se puede adivinar el recuerdo del tabaco rubio y el acero.

Kate cierra los ojos y busca esos aromas en la plaza. Le parece percibir algo hacia la izquierda, cerca de la boca de metro frente a la Mallorquina, donde un enjambre de viajeros comienza a apelotonarse en las escaleras.

«Buen truco», piensa justo en el momento en que el reloj de Gobernación comienza a sonar. Es la señal que esperaba. Sin abrir los ojos, siguiendo la pista que le parece haber descubierto, Kate se incorpora y se lanza a la carrera, saltando sin pensarlo al tejado del edificio contiguo. Su olfato la guía, es lo único que necesita.

El viento helado la golpea recordándole que está viva y, entonces, todo desaparece a su alrededor. Ya no hay ruidos, ni gente, ni luces. Afila sus sentidos al máximo y se concentra en la caza.

Baja al suelo aprovechando los balcones de un edificio de la Calle Mayor. El rastro de la camiseta de algodón se pierde hacia la calle de Postas. Sabe que sus sentidos no la traicionan porque escucha también el corazón latiendo a tres de su presa un poco más adelante.

Toda su adrenalina se dispara y abre los ojos.

Corre. Es prácticamente imperceptible para los humanos, debido a su velocidad. Kate esquiva con facilidad los grupos de turistas y consumidores entregados a las últimas compras. Parece que puede predecir sus movimientos, saber dónde quedará el hueco por el que pasar.

Cuando alcanza la Plaza Mayor por la calle de la Sal, su olfato la informa de que el rastro de la camiseta rota se está acercando a ella.

Escucha. Puede oírlos a los dos, los dos corazones latiendo a ritmo de tres: el de la presa, a unos metros por delante de ella, perdiéndose entre los puestos del mercado de Navidad; el del otro cazador, cada vez más cerca, a punto de alcanzarla.

Salta para correr por encima de las casetas. Su presa se dirige al Arco de Cuchilleros. Aún no ha conseguido verla, pero la huele.

Kate afina su vista al tiempo que regresa al suelo y se esfuerza en eliminar la información secundaria, focalizándose en la persona a la que debe cazar. Cree percibir la capucha de una sudadera negra cuando nota que alguien le da un palmetazo en el culo a toda velocidad.

-¡Ey! -grita molesta, intentando agarrar el brazo del que la ha tocado. Su atacante la esquiva demasiado rápido. Es la camiseta dos.

-¡Buen culo! -le responde una voz masculina adelantándola como una centella, de forma que Kate solo puede percibir el paso fugaz de un abrigo de pieles por su derecha.

-¡Mierda! -exclama lanzándose para superarlo.

Su velocidad es sorprendente. Los dos Alfas son más rápidos que ella. Además, conocen el terreno.

Salta, evitando los escalones del Arco de Cuchilleros, y sus sentidos la confunden.

La pista de la camiseta blanca se ha dividido en dos. Una enfila hacia abajo y la otra va hacia la Calle Mayor.

Kate se esfuerza con toda su percepción abierta. El tipo que le ha palmeado el trasero corre hacia la izquierda, calle abajo, persiguiendo la primera pista. Ella decide hacer todo lo contrario. El olor a papel que ha percibido en la camiseta solo está en la persona que huye hacia la derecha.

Vuelve a la Calle Mayor y enseguida ve la catedral de la Almudena recortándose al fondo. Alguien con sudadera negra se aleja hacia el viaducto de Segovia. Kate corre poniendo al máximo todos sus músculos y, pronto, percibe el olor del segundo cazador desde debajo de ella.

«Demasiado cerca», se dice Kate, que, sin dudarlo, dobla sus rodillas y se impulsa en un salto que la hace ganar unos cuantos metros a su presa.

Es una chica, ahora la ve a la perfección. Es una chica vestida con una malla negra y una sudadera del mismo color con la capucha subida. Se mueve con una firmeza y una determinación contundentes.

Está a punto de saltar para caer sobre ella, cuando un abrigo de pieles se cruza en su camino a toda velocidad. Es el segundo cazador, su olor a sudor y colonia se desdibujan bajo la piel que lo cubre. Durante unos segundos, el joven se gira para dedicarle una sonrisa burlesca que la saca de sus casillas.

Kate salta para sobrepasarlo, pero él la alcanza cogiéndola por un tobillo cuando está sobre él. Tira, lanzándola contra una de las fachadas, y Kate tiene que abandonar la carrera para protegerse del golpe.

-¡Maldita sea! -grita, frustrada.

Libera a su corazón, que hasta entonces ha estado latiendo como el de un humano. No va a dejar que ese macarra le gane la prueba.

Se impulsa a por él, olvidándose de la presa, pero su enemigo es demasiado rápido. Antes de que consiga alcanzarlo, su contrincante entra en San Francisco el Grande y Kate bufa, frustrada.

El olor de la camiseta blanca también se ha internado en la iglesia. Cuando Kate cruza las puertas y se detiene bajo la enorme cúpula, buscando en las capillas que la rodean, descubre que ha perdido.

En la capilla de San Bernardino, el joven del abrigo de pieles está sentado a horcajadas sobre la chica del chándal negro, que se queja intentando zafarse.

-Me debes cien euros -comenta una voz femenina a su espalda, y Kate se gira para ver cómo Cástor Alonso, Eva Duarte y Raquel Blasco entran en la iglesia.

Los tres Alfas de la Cámara del Monarca se dirigen a la capilla de San Bernardino, donde el cazador y su presa continúan forcejeando.

Cástor le hace una señal a Kate para que los siga.

El sentimiento de urgencia aún somete su cuerpo, haciendo que su corazón bombee a toda potencia y que sus músculos se quejen por estar parados. Es como si hubiese desatado una fuerza difícil de doblegar. Utiliza sus poderes como Táctil para serenarse mientras confirma, a través del olfato, que no ha estado muy lejos de obtener la victoria.

-Comportaos, estamos en sagrado -advierte Raquel Blasco a los dos Alfas que siguen en el suelo.

Raquel, ataviada con un sobrio traje de chaqueta del mejor corte, le hace una señal a Eva Duarte para que reprenda al chico del abrigo de pieles.

Eva, una mujer de curvas marcadas que luce un atrevido vestido rojo y una estola blanca de visón, no se muestra muy por la labor de corregir a su aprendiz, que parece cortado por su mismo patrón. El joven es mucho más desgarbado que su instructora, pero exhibe la misma desfachatez en el rostro. Tiene el pelo rizado y desordenado, en tonos castaños, cayéndole sobre las orejas. Con un solo gesto, se sienta con los brazos cruzados sobre su presa, intentando parecer elegante. Su rostro delgado, casi consumido, se deshace en una mueca de pavor cuando se ve lanzado al suelo.

-Eres un pesado -se queja su presa, levantándose al tiempo que se sacude la ropa.

Enseguida, la chica se pone junto a Raquel Blasco. Al descubrir que también hay algo en ellas que las hace similares, como a los perros y sus dueños, Kate se pregunta si Cástor Alonso y ella también se parecen. Raquel habla por lo bajo con su aprendiz, que levanta la barbilla, altanera. Lleva el pelo rubio recogido en una coleta apretada y sus ojos marrones destellan tras unas largas pestañas. Tiene mal perder, eso queda claro por el desprecio que destila cada partícula de su cuerpo.

 -Mis cien euros -recuerda Eva Duarte, levantando una mano en dirección a Cástor Alonso.

El Alfa, murmurando una buena serie de imprecaciones, se lleva la mano al pecho para sacar la cartera de su chaqueta negra.

-¿Hacemos las presentaciones? -parece impacientarse Raquel Blasco, mientras Cástor solventa su deuda.

-Ya nos conocemos, ¿verdad? -se burla el joven, poniendo un brazo alrededor de los hombros de Kate, que se zafa enseguida de su contacto, alejándose todo lo posible-. Creí que te había gustado... -se apena el cazador, fingiendo un puchero.

Kate se fija en que no lleva nada debajo del abrigo de pelos, salvo unos vaqueros tan rasgados como la camiseta que Cástor le ha dado para seguirle la pista.

- -Ana Rey -saluda la chica del chándal, adelantando con formalidad una mano para que Kate se la estreche.
 - -Kate -responde ella, correspondiendo al gesto.

Se siente de pronto incómoda. La mano de Ana Rey es fuerte, segura.

-Toni -se acerca de nuevo el joven, imitando a Ana Rey en su gesto; pero en cuanto Kate le toma la mano, él cierra el apretón atrayéndola y rodeándola por la cintura-. Toni Toro, puedo enseñarte a ser feliz.

-¡Ya está bien, cachorro! -lo reprende Cástor Alonso.

Eva Duarte se ríe con una carcajada limpia mientras Kate vuelve a escaparse.

-No le hagas caso: perro ladrador, poco mordedor -escucha que le dice Ana Rey en un susurro.

Las dos chicas cruzan una mirada y Kate asiente, poco convencida. Mientras tanto, Toni Toro se ha acercado a Cástor para rodearle a él también los hombros.

-Mira, tú y yo tenemos que llevarnos bien -le dice-. Pronto seremos familia.

Cástor pone los ojos en blanco.

- -Eres muy pegajoso, chico -se queja, zafándose-. Tienes que atarlo en corto -le espeta a Eva Duarte, que vuelve a reírse.
- -¿Por qué? Me divierte una barbaridad... -se defiende la perceptora, llamando a su aprendiz con un gesto.

Toni se acerca a ella contoneándose hasta que la abraza, haciéndola romper en carcajadas.

-Bueno, pues ya están las presentaciones hechas -zanja la conversación Raquel Blasco, mirando su reloj-. Bienvenida, Kate, ha sido un placer verte en acción. Cástor Alonso tiene buen ojo para estas cosas.

Kate frunce el ceño levemente y asiente, consciente de que acaban de reducirla a la categoría de «estas cosas». La adrenalina está abandonando poco a poco su cuerpo y los recuerdos vuelven a reclamar su lugar, trayendo consigo la rabia.

-Retomaremos el entrenamiento después de Nochevieja -continúa Raquel metiendo las manos en sus bolsillos-. Cástor te facilitará los teléfonos, Kate. Vamos -le dice a su aprendiz.

Ana Rey se despide con un breve movimiento de cabeza y las dos abandonan la capilla.

-¡Qué aguafiestas! -se queja Eva Duarte, poniendo morritos-. ¿Tomamos algo?

Cástor mira a Kate disimuladamente.

-Otro día, mejor -rehúsa el Alfa.

-¡Pues nos vamos a celebrarlo tú y yo! -se niega a rendirse Eva, que entrelaza su brazo con el de su aprendiz y tira de él para llevarlo a la calle-. No tenemos culpa de que los demás sean unos aburridos, ¿verdad? -parlotea mientras se marchan.

Toni Toro le dedica a Kate un guiño burlón, andando con garbo.

-Te familiarizarás con ellos -le promete Cástor, negando con la cabeza.

Kate asiente, dejando que sus ojos vaguen por la capilla hasta detenerse en el cuadro de Goya que adorna la pared. La estrella sobre la cabeza del santo llama su atención y, sin darse cuenta, lleva sus manos al collar que Óliver le regaló hace apenas dos días, cuando abandonó Málaga. Una estrella amarilla, una estrella negra.

La imagen de Mateo tirado en el suelo la sorprende de pronto. Un rayo de dolor cruza su pecho, haciéndola encogerse levemente. Pero enseguida lo apaga todo, como lleva haciendo desde que su vida terminó de ponerse bocabajo. Levanta la barbilla, desafiante. No está dispuesta a dejarse vencer por la pena.

La mano pesada de Cástor Alonso se posa sobre su hombro.

-Vamos, pelirroja, volvamos a casa -le dice.

Por primera vez, Kate repara en que «casa» ya no significa nada para ella.